EL GENERAL JOSE MIRANDA, UN HEROE OLVIDADO

por JULIO REPOLLES DE ZAYAS (†)
Coronel de Caballería

Evocador epitafio en un panteón orensano

En el cementerio de Orense se encuentra un vetusto panteón, que ignoramos por qué motivo lo denomina el vulgo «el Calabozo», y en su interior, entre otras sepulturas, se encuentra una llana, a pie de altar, en cuya lápida esculpieron esta conmovedora dedicatoria, escrita en latín, lengua bien conocida de la sociedad ilustrada del XIX, cuya traducción es:

> *Su fiel esposa dedicó este monumento de amor a José Miranda Cabezón, nacido en Cádiz, esforzado e invicto general, defensor de la Patria y de sus leyes, elevado a los máximos honores militares por sus heroicas hazañas realizadas contra los franceses a orillas del Tormes, y en otras partes de España ocupadas por Napoleón. Acabado por sus agotadoras campañas murió en Orense en 1853.*

En la pared frontera, tras el sepulcro del general, está el sencillo nicho en que yacen los restos mortales de su esposa, en cuya losa grabaron esta inscripción: *D.E.P. Excma. Sra. Dña. Rosa Leonato de Miranda Cabezón. 1857.*

Como la lectura de estos epitafios incita a conocer qué hazañas protagonizó el general «contra los franceses a orillas del Tormes, y en otras partes de España ocupadas por Napoleón», así como su indudable implicación en los avatares políticos que en su época agitaban España, también cómo se consumió su existencia terrena en estas nobles actividades, y cuales fueron las circunstancias que le vincularon a su entrañable cónyuge, vamos a referir esquemáticamente la vida nada vulgar de este personaje, detallando más acusadamente sus hazañas junto al Tormes, por ser las explícitamente mencionadas en la dedicatoria de su tumba, aunque, posiblemente, no sean las más sobresalientes entre las que jalonaron su extensa ejecutoria militar.

Sus primeras campañas: trece años de lucha ininterrumpida

El 5 de noviembre de 1794 se incorporó en Cartagena al Regimiento de Infantería de Sevilla un cadete de unos veinte años (su documentación no permite determinar con más precisión su edad), y así iniciaron su Hoja de Servicios: «Josef Miranda Cavezón. Su país, Berger de Andalucía —pueblo gaditano que actualmente denominamos Vejer de la Frontera—. Su salud, robusta. Su calidad, noble. Su empleo, cadete de gracia». Se encontraba entonces en pleno desarrollo la guerra del Rosellón, sostenida por España e Inglaterra, aliadas contra la República francesa, y al año siguiente marchó el regimiento al Pirineo Oriental para reforzar el ejército que acaudillaba el general José de Urrutia.

El cadete Miranda recibió su bautismo de fuego el 14 de junio, al vadear su batallón el Báscara, rompiendo la línea enemiga en brioso ataque a la bayoneta. Poco tiempo después recibió su bautismo de sangre, al ser abatido de un balazo en el pecho. No tardó en concluirse esta contienda, pero la paz no fue muy duradera, al año siguiente estallaba otro conflicto bélico, esta vez Francia y España, aliadas, contra Inglaterra.

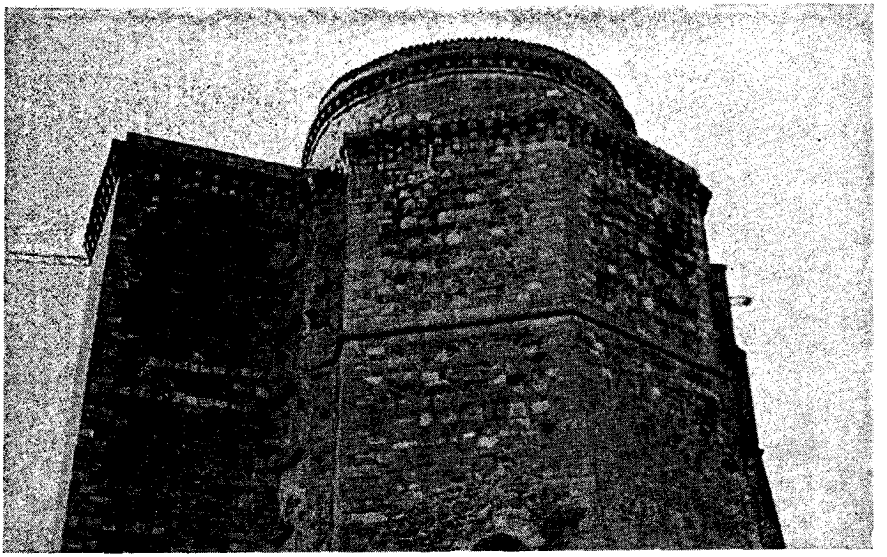
Restablecido de su herida, y ascendido a subteniente, Miranda marchó con su regimiento al Campo de Gibraltar, en donde permaneció hasta que en julio de 1797 embarcó su unidad en la fragata «Venganza» para ir a reforzar la plaza de Ceuta. Dos navíos británicos atacaron a la fragata española, y las tropas transportadas en ella participaron en el combate haciendo fuego de fusilería, parapetadas en las amuras. Alcanzada la «Venganza» por varios cañonazos puso rumbo hacia la costa, desembarcando el regimiento en la playa de Puente de Mayorga, siendo llevado a Ceuta en embarcaciones pequeñas, y en singladuras nocturnas, para lograr burlar el bloqueo ejercido por la escuadra de Horacio Nelson.

Permaneció el regimiento en Africa hasta que en 1803 fue enviado a Castilla la Vieja para perseguir a numerosas cuadrillas de bandoleros que expoliaban la región; nadie ni nada estaba a salvo de su brutal pillaje. A fines de 1804 marchó la unidad a guarnecer El Ferrrol, con motivo de haber resurgido, tras breve período de paz, la lucha contra Inglaterra; en este año Miranda ascendió a teniente. En 1808 había concertado su enlace matrimonial con Rosa Leonato Outomuro, unos dos años más joven que él, nacida en Pedreira (Orense), pero la boda hubo de ser aplazada cuando al estallar el levantamiento popular contra la invasión napoleónica Miranda partió con su regimiento.

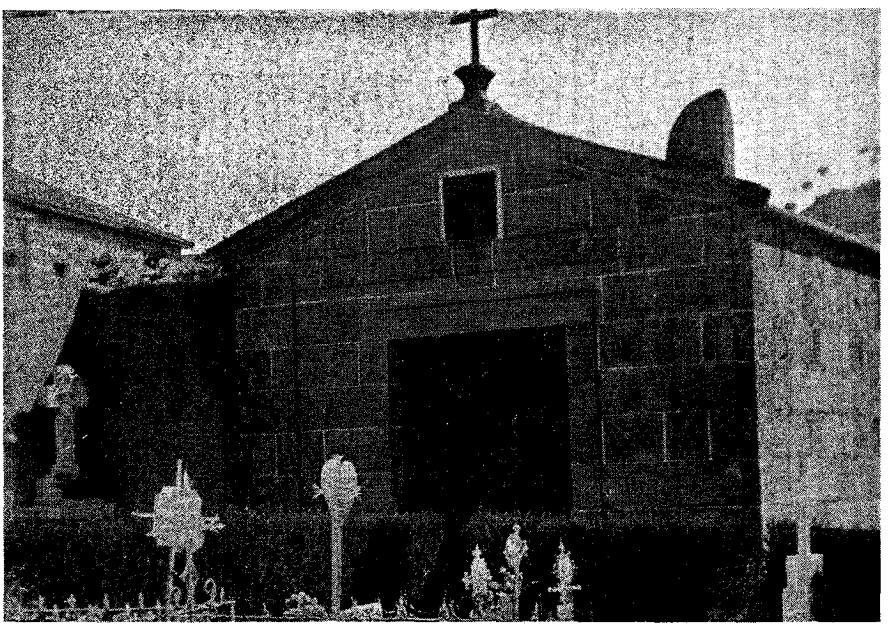
De nuevo en campaña contra los franceses

En los primeros días de junio el Regimiento de Sevilla, encuadrado en el, apresuradamente organizado, Ejército de Galicia, marchó al encuentro de los invasores. Este ejército, acaudillado sucesivamente por los generales

Mariscal de campo *José Miranda,* Caballero de la Real y Militar Orden de San Fernando, héroe de la guerra de la Independencia, fiel hasta el sacrificio a sus convicciones políticas.



Torre del homenaje del castillo de Alba, desde la que se evitó, con fuegos de fusilería, que los franceses reconstruyeran el puente sobre el Tormes, volado por el ejército aliado en su retirada.



Panteón del cementerio de Orense, en el que yacen los restos mortales del matrimonio Miranda.

Antonio Filangieri, Joaquín Blake y el marqués de la Romana, inició la campaña con una serie de operaciones, afortunadas unas, como el avance hasta Bilbao, pero adversas otras, como la retirada hacia Galicia. En el curso de estas acciones Miranda se batió denodadamente, siendo citado como distinguido por su actuación en la batalla de Espinosa de los Monteros (10 y 11 de noviembre de 1808):

> *en la que habiéndole mandado salir con 30 hombres el día 10, sobre las nueve de la noche, para contener las escuchas enemigas, éstas le hicieron fuego, del que resultó uno general en toda la línea, que le mató los dos tercios de su tropa, y con la restante siguió el servicio hasta el amanecer del 11, que se replegó a su cuerpo y división.*

En la batalla de Tamames, victoriosa para las armas españolas, el 18 de octubre de 1808, el Regimiento de Sevilla, perteneciente a la 1.ª División de Extremadura, integrada en el Ejército de la Izquierda, recuperó algunos cañones que habían quedado en poder de los franceses, acaudillados por el general Luis Marchand. Por su comportamiento en esta acción Miranda fue ascendido a capitán por el duque del Parque, general en jefe de aquel ejército. Poco tiempo después, el 28 de noviembre, el regimiento en que estaba Miranda formó parte del macizo cuadro constituido por unidades de Infantería, en la vega que se extiende al otro lado del río, frente a Alba de Tormes, para proteger la retirada del grueso del ejército, derrotado en otro choque sostenido algunos días antes en Medina del Campo contra las huestes de Marchand. Los españoles resistieron firmemente las reiteradas cargas de la Caballería imperial, mandada por el general Francisco Kellerman. Al mando del cuadro estaba el general Gabriel de Mendizábal, quien se batió con su habitual arrojo, por lo que sería concedido el título de conde del Cuadro de Alba de Tormes.

En los meses de abril y mayo de 1810 Miranda estuvo al mando de una «columna volante» organizada para «inquietar al enemigo» y destruir las barcas de la ribera del Tajo, dificultando así el paso del río a las tropas del mariscal Claudio Victor. Cumplió su cometido eficazmente, sosteniendo combates con numerosos destacamentos enemigos; en Burguillo rechazó fuerzas considerablemente más numerosas que las suyas.

Prisionero del mariscal Soult, logra evadirse

Durante el estío de 1810 invadió Portugal el mariscal Andrés Massena, forzando a Wellington a retirarse a la abrupta región de Torres Vedras con sus tropas anglo-portuguesas, reforzadas por las españolas del marqués de la Romana, quien dejó en Extremadura dos de sus divisiones, al mando de Gabriel de Mendizábal, para cerrar los accesos a Badajoz, estratégica plaza amurallada, que se encontraba amenazada por la proximidad del

ejército del mariscal Nicolás Soult, y se esperaba que éste llevara sus armas contra Badajoz, para después reunirse con Massena en Portugal.

Al comenzar el año 1811 Soult marchó sobre Badajoz, sin que lograra contener su avance Mendizábal, por lo que éste optó por retirarse, situándose con una de sus divisiones en el castillo de San Cristóbal, próximo a la ciudad amenazada, reforzando la guarnición de ésta con la otra división, mandada por el general José de Imaz Altolaguirre, en esta división iba el capitán Miranda.

El 28 de enero Soult cercó Badajoz, rompió el fuego contra la ciudad con sus 54 piezas de artillería y comenzó las obras de aproximación para estrechar el cerco. Miranda participó en cuantas salidas se realizaron para entorpecer los trabajos de los zapadores enemigos y para clavar cañones de las baterías que más estragos causaban en la población, distinguiéndose por su arrojo, por lo que el gobernador militar de la plaza, general Rafael Menacho, le otorgó el ascenso a teniente coronel —en aquella época no existía todavía el empleo de comandante.

Menacho encomendó a Miranda la defensa del fuerte denominado La Picuriña que, enfilado por cuatro cañones y dos morteros, estaba sometido a incesante bombardeo. El 19 de febrero Mendizábal intentó socorrer Badajoz, atacando con su división para romper el cerco de los sitiadores, pero éstos derrotaron a sus atacantes. El 4 de marzo sucumbió Menacho, alcanzado por una granada de la artillería francesa, recayendo el mando de la plaza en José de Imaz, quien agotadas las posibilidades defensivas, ignorando que acudía en su auxilio la división inglesa del general William Beresford, y temeroso de que Soult entregase la ciudad al saqueo de sus tropas, si no aceptaba la capitulación que le ofrecía, capituló el día 11.

La guarnición de Badajoz fue hecha prisionera y conducida a Francia, pero no todos los prisioneros llegaron a su destino, algunos, entre ellos Imaz, fueron liberados por los guerrilleros en audaces golpes de mano, y otros varios lograron evadirse, entre éstos Miranda, quien lo consiguió al llegar a Villanueva del Duque, en la noche del 17 al 18 de marzo. Después de caminar por las estribaciones de Sierra Morena, ocupada en parte por los imperiales, alcanzó Ayamonte, embarcó en un bergantín que arribó a Cádiz el 2 de abril, y se presentó a la Regencia, solicitando ser destinado al 6.° Ejército o de Galicia. A primeros de junio hizo la travesía hasta La Coruña en una goleta inglesa. Al llegar a Galicia contrajo matrimonio con su prometida.

Impedir a toda costa la reconstrucción del puente de Alba de Tormes

Francisco Javier Abadía, general en jefe del 6.° Ejército, encomendó a Miranda el mando de una columna de granaderos, con la que llevó a cabo reconocimientos ofensivos sobre León y Astorga, plazas que estaban en poder del enemigo. Al comenzar el año 1812 se hizo cargo del mando del 6.° Ejército el general José María de Santocildes, quien activó las operacio-

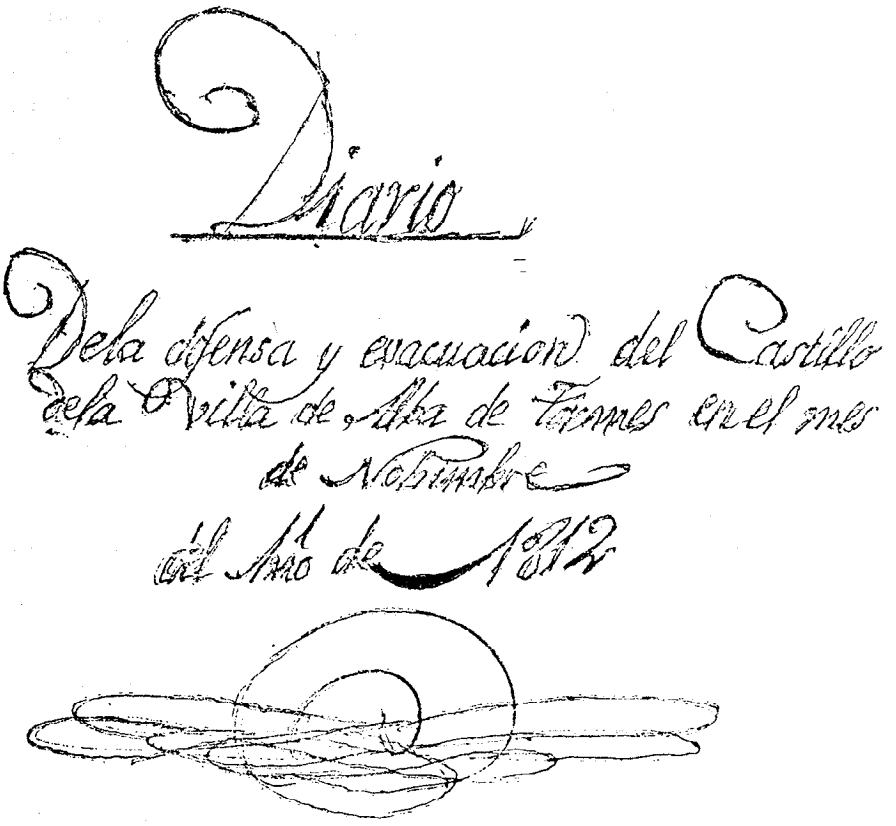
nes ofensivas en la zona comprendida entre León, Zamora y Valladolid, reconquistando Astorga. Cabe destacar que en el curso de estas operaciones Miranda con sus granaderos dio protección a un convoy integrado por numerosos carruajes, llevándolo desde Tordesillas hasta las proximidades de Puebla de Sanabria, conservando todos los bagajes a pesar de que en el largo camino recorrido fue muy hostilizado por destacamentos de la Caballería imperial.

Parte de las tropas del 6.º Ejército cooperaron con el ejército aliado, acaudillado por lord Wellington, en la gran ofensiva emprendida por éste, que culminó con la liberación de Madrid en agosto y con la ocupación de Burgos al mes siguiente. No tardaron en reaccionar los invasores que, organizados en dos poderosos ejércitos de maniobra y otro de reserva, avanzaron convergentemente sobre el ejército hispano-anglo-portugués. El generalísimo inglés dispuso la retirada hasta Salamanca el 21 de octubre, estableciéndose defensivamente a primeros de noviembre en la línea del Tormes, pero comprendiendo que no podría contener mucho tiempo la presión de sus adversarios, muy superiores numéricamente, decidió continuar el retroceso hasta Portugal. Al iniciarse la retirada en Burgos a Miranda le había sido confiado el mando del Regimiento de Infantería de Monterrey, y con él formó parte del último escalón hasta llegar a Salamanca, sosteniendo en Campos de Villamuriel violento choque con fuerzas de la vanguardia enemiga.

Encontrándose acampado con su regimiento en las alturas de Los Moriscos, recibió Miranda, en la madrugada del 10 de noviembre un oficio del jefe del Estado Mayor español, general Estanislao Sánchez Salvador, ordenándole presentarse en el Cuartel General de lord Wellington, que se encontraba instalado en Salamanca. Miranda fue recibido por el generalísimo inglés que estaba acompañado por el teniente general Francisco Javier Castaños, quien comunicó a Miranda haberle designado para mandar un destacamento de unos 300 soldados españoles, que debería elegir él mismo, e instalarse con ellos al día siguiente en el palacio-fortaleza de los duques de Alba, situado en Alba de Tormes, a la entrada del puente sobre el río que da nombre al pueblo. Al continuar la retirada el ejército aliado, y para dificultar su persecución por los franceses, el puente sería volado parcialmente. Consistía la misión del destacamento en impedir, a toda costa, que el enemigo reconstruyese el puente durante ocho días, y como quiera que el destacamento iba a quedar aislado en territorio que muy pronto ocuparían los imperiales, una vez conseguido este margen de tiempo, Miranda quedaba en libertad de adoptar la resolución que estimase más oportuna, incluso la de retirarse, sino encontraba otro recurso para evitar el sacrificio de su tropa.

Defensa y evacuación del castillo de Alba

En el Servicio Histórico Militar se encuentra el diario de operaciones redactado por el teniente coronel Miranda durante el asedio a que fue so-



Cubierta del Diario de Operaciones redactado por el teniente coronel Miranda durante la defensa y evacuación del castillo de Alba de Tormes.

metido el castillo de Alba, ofrecemos a continuación el siguiente resumen de los hechos que estimamos más sobresalientes contenidos en el mencionado diario.

Día 10.—Para constituir el destacamento Miranda designó una compañía de cazadores y otra de granaderos de su regimiento, el de Monterrey, y una de las compañías de granaderos del Regimiento de Voluntarios del Rivero, que totalizaban 327 hombres: un capitán, seis tenientes, seis subtenientes, 15 sargentos, cinco músicos (cornetas, tambores y pífano), 27 cabos y 267 soldados. Contaban además con 11 caballos de oficiales y dos acémilas (mulos).

Día 11.—Al amanecer emprendió la marcha el destacamento, llegando a Alba de Tormes hacia las tres de la tarde. Una división anglo-portuguesa,

mandada por el general Jhon Tamater, ocupaba el pueblo, quedando los puestos avanzados franceses «a unos dos tiros de fusil». El destacamento relevó a un batallón inglés que guarnecía el castillo.

El palacio-fortaleza, asentado en el altozano que se eleva junto a la entrada de sólido puente romano se encontraba en pésimas condiciones de habitabilidad y defensa, porque hacía algunos meses que lo incendiaron los famosos lanceros de don Julián Sánchez «el Charro», a fin de que los franceses no pudieran apoyar en él su defensa.

Día 12.—La guarnición se dedicó a desescombrar el recinto y el foso y a la reparación de las murallas.

Día 13.—En las proximidades del pueblo se reunieron las tropas del mariscal Soult y las de José Bonaparte; la división inglesa se puso sobre las armas, mientras el destacamento activó el perfeccionamiento de las obras defensivas.

Día 14.—Al amanecer se divisó el ejército enemigo formado en batalla, la división inglesa emprendió la retirada, volando los primeros arcos del puente. La potente detonación conmovió las cuarteadas murallas de la fortaleza, produciendo derrumbamientos que causaron algunos contusos en la guarnición; ésta fue incrementada en el soldado portugués Manuel Gonzalves, perteneciente al 2.º Regimiento, que por haberse quedado dormido no advirtió la retirada de su división, y llegó al castillo corriendo, hostigado por los disparos de los franceses.

Un batallón enemigo entró en el pueblo, estableciéndose en las torres de las iglesias, ventanas de edificios y bocacalles que daban frente al castillo, entablando vivo tiroteo con sus defensores. Una columna de caballería, integrada por unos 2.500 jinetes, y reforzada con algunos cañones, vadeó el Tormes. Debido a la impetuosidad de la corriente volcaron dos de las piezas artilleras, siendo difícilmente recuperadas por sus sirvientes. Estas fuerzas acamparon en la vega. Tropas de zapadores efectuaron reconocimientos en la cortadura del puente e intentaron repararla, pero hubieron de desistir de sus propósitos, tras sufrir cinco bajas de oficial y unas 80 de tropa, producidas por el intenso fuego de fusilería del destacamento, que tuvo un soldado de granaderos muerto y dos de cazadores heridos.

El teniente coronel Miranda recibió un parlamentario que le hizo entrega del siguiente mensaje:

> *Señor comandante del fuerte: Los ingleses acaban de abandonarle a Vd. y no puede dudar que le han sacrificado: el general jefe del Ejército Imperial de Portugal intima a Vd. la entrega inmediata del fuerte que manda, de este modo puede Vd. acceder, con generosidad, y en no haciéndolo, debe Vd. esperar ser tratado con el máximo rigor. E. yudante general Resseur. Alba de Tormes, 14 de noviembre de 1812.*

La contestación fue inmediata, con la misma fecha, en los siguientes términos:

Señor ayudante general: Sírvase Vd. decir a su general en jefe que la suerte que me cabe es la más lisonjera para un militar, que tengo una brillante guarnición con todos los requisitos para llenar mi deber; así que él haga el suyo. Castillo de Alba de Tormes, 14 de noviembre de 1812. José de Miranda.

Día 15.—Todo el ejército enemigo, incluido la tropa que ocupaba Alba de Tormes se puso en marcha, vadeó el río, alejándose en dirección a Ciudad Rodrigo, lo que fue aprovechado por Miranda para disponer una salida con la mitad de la guarnición para hostigar la retaguardia enemiga; el éxito conseguido fue considerable, causaron bajas a sus adversarios «tomándoles 136 prisioneros, los 36 de caballería». Entre los prisioneros se encontraba un oficial cirujano y otro de farmacia, que fueron muy útiles a los españoles durante el asedio. También había entre los prisioneros un músico y un hijo de éste, muchacho muy joven, a quienes Miranda puso en libertad.

En el pueblo se proveyó el destacamento de víveres, útiles para amasar y cocer pan, colchones para organizar una enfermería en el castillo, paja y cebada para el ganado. Los franceses habían dejado varios de sus heridos distribuidos entre varias casas del pueblo, y Miranda dispuso su concentración en un solo edificio, habilitándolo para hospital. Encomendó al corregidor de la villa que les prestase la asistencia necesaria y evitase que el vecindario cometiese con ellos algún desmán.

El teniente de granaderos José Montaños, disfrazado, y acompañado de un paisano como guía, salió del castillo para hacer llegar a Wellington un parte de Miranda, notificándole de las vicisitudes de la defensa de la fortaleza e informándole de los movimientos del enemigo que se habían observado.

Día 16.—Regresó el teniente Montaños, tras haber entregado el parte al juez del pueblo de Martín Amor, quien lo hizo llegar a su destino.

Sobre las doce del mediodía entró en el pueblo, dirigiéndose seguidamente al vado, un convoy de coches y carros, escoltado por alguna tropa de caballería. Cien hombres de la guarnición se apostaron en unas cercas próximas al camino seguido por el convoy, contra el que abrieron fuego, retirándose tras causarle algunas bajas. El momento de confusión que se produjo fue aprovechado por dos paisanos que llevaban los franceses como guías para evadirse. Estos paisanos informaron a Miranda que en uno de los coches viajaba «el Rey Intruso».

Día 17.—Se presentaron en el castillo dos paisanos que había llevado como guías el mariscal Soult, e informaron a Miranda que en las proximidades de Ciudad Rodrigo habían sostenido reñida batalla las tropas de Wellington y las de Soult, siendo cuantiosas las bajas sufridas por ambos bandos contendientes.

Día 18.—Sobre las tres de la tarde se aproximó al pueblo una columna de unos 300 jinetes, e inmediatamente la compañía de cazadores salió del castillo para hostilizarles desde unas cercas. Los franceses hicieron salir

del pueblo al corregidor y algunas otras personas, dos de éstas llevaron a Miranda el siguiente mensaje:

Campo de Amatos, 18 de noviembre de 1812. Jorvert, comandante en jefe de las tropas que componen dicho campo; al Sr. comandante del fuerte de Alba de Tormes: Sr. comandante: tengo el honor de prevenir a Vd. que estoy encargado por S.M.C el rey de España para intimar a Vd. entregue el castillo que ocupa, y rendirse con la guarnición como prisioneros de guerra; os aviso que van a llegar tropas de Infantería y de Artillería, por consiguiente si Vd. quiere capitular conmigo será en su favor.

La respuesta de Miranda iba redactada en los siguientes términos:

Sr. comandante de las tropas de Amantos: no me es posible acceder a la proposición de Vd. por ser un militar que se interesa por el honor de sus oficiales y soldados, quienes resueltamente, con su jefe, desean llenar el deber que les compete, para ello tienen todos los enseres necesarios y tropas disciplinadas, habituadas a oír el estampido del cañón, y a batirse en los combates entre los primeros soldados; estas reflexiones harán comprender a Vd. que será el poseedor de este fuerte quien decida la suerte de las armas. Es de Vd. su affmo. servidor. José de Miranda. Castillo de Alba de Tormes, 18 de noviembre de 1812.

Día 19.—Sobre las diez de la mañana llegó más caballería al Campo de Amatos, y dos horas más tarde lo hizo una brigada de infantería al campo de San Francisco, su jefe, sin más dilación, dirigió a Miranda la siguiente intimación llevada por un paisano:

Sr. comandante: Vengo mandando una división, y le intimo a Vd. en nombre de mi general en jefe a salir de ese mal reducto en que Vd. se obstina en hacer resistencia; le doy a Vd. una hora para decidirse, y tiemble Vd. si su respuesta es negativa. El general Barón de Ausserrak.

He aquí la contestación de Miranda, sobria y contundante:

Sr. general: Déjese Vd. de intimaciones, y haga su deber que yo haré el mío: muchos prisioneros, a quienes doy el mejor trato, serían víctimas de cualquier atentado que Vd. cometiese cuando la suerte de las armas le favoreciera más que a mí. José de Miranda.

Sobre las dos de la tarde llegó al Campo de San Francisco otra brigada de infantería. Seguidamente, los franceses destacaron cuatro compañías que establecieron 16 puestos de vigilancia de seis hombres cada uno, en línea de circunvalación, que cubrían el perímetro del castillo cerrando todos los accesos a éste. El resto de las tropas de estas compañías se situó como

reserva entre unas cercas. Un batallón apostó guardias en las calles que desembocaban en el castillo, y estableció su reserva en las ruinas de un convento. En San Francisco quedaron los carros de los batallones con una fuerte guardia para su custodia, la restante fuerza de las dos brigadas se acuarteló en la villa. La caballería acampó entre Amatos y la vega que se extiende del otro lado del río.

Poco tiempo después de anochecido se presentaron en el castillo dos paisanos, quienes informaron a Miranda de que las tropas francesas que le cercaban constituían la 4.ª División de infantería, cuyo general en jefe les hizo entrega de una carta, rogándoles, amablemente, que se la llevaran al comandante del castillo:

> *Sr. comandante: He llegado con la última brigada de la división que mando, y he sabido por el comandante de mi caballería y el general de brigada Auserrak que han escrito a Vd. para intimarle la entrega del castillo a las tropas imperiales; ignoro el contenido de las cartas de aquellos oficiales, pero vuestras respuestas me han sido entregadas: ellas me persuaden que Vd. ignora el estado presente del ejército inglés y sus aliados; ya no debe Vd. esperar auxilios, su retirada más allá de Agueda, con precipitación y grandes pérdidas, debe privar a Vd. de toda esperanza. En este estado de cosas, sin dudar de los medios de resistencia que tiene Vd. y conociendo los que tengo ya contra Vd., le suplico piense bien en la situación en que se halla. Si Vd. tiene a bien, Sr. comandante, enviar a uno de vuestros oficiales, hablaremos sobre la respectiva posición de los dos ejércitos, o, si Vd. desea, enviar alguno a Salamanca para informarse positivamente del estado de cosas, me ofrezco a dar a Vd. todas las seguridades y escoltas que Vd. pueda desear. Le ruego Sr. comandante reciba las vivas expresiones de mi estimación. El general de división Serru. P.D. Un músico de mi ejército se me presentó diciéndome que Vd. le dio libertad y a un hijo suyo, me dijo además que muchos militares franceses caídos en vuestro poder están bien tratados como su situación permite, le ofrezco por ello las expresiones de mi agradecimiento.*

La respuesta era una serie de consideraciones en las que las preguntas daban fuerza especial a las razones:

> *Sr. general: Es constante haber recibido dos escritos del comandante de caballería y del general Ausserrak; uno y otro me pedían el castillo, mas el segundo, ignorando la entereza de mi carácter, indicaba en la última expresión que temblase si me niego a ello. Ahora recibo la favorecida de Vd., y desentendiéndome de cuanto impone la carrera militar en que me hallo, valiéndome de un seco modo de contestar, pero su relato es merecedor de la más atenta expresión, y así paso a hacer las más verdaderas reflexiones para convencer a Vd. de que por todos medios estoy en el caso de llenar mi deber. ¿Cómo podré desentenderme de la educación militar recibida en diecinueve*

años y desde mi juventud, siempre en ellos con alguna opinión, rindiendo un fuerte que es asequible a la mejor defensa, conservando intacta una bizarra guarnición de oficiales y soldados? ¿Será posible Sr. general rendir el fuerte sin sufrir antes centenares de asaltos? No creo que Vd. me pida el fuerte por el estilo que indica, supuesto es inconexo al deber que me compete llenar, y si por el que a Vd. le impone su cargo, y por su interés en recompensar lo benéfico que soy a la humanidad, le diré que sólo la ejerzo cuando no es detrimento de mi conducta militar, tal ha sido la libertad al músico y a su hijo, y también un cantinero y los heridos abandonados que coloqué en un hospital. No dudo dejen de ser ciertas las noticias que me da del ejército de quien dependo, aunque anoche las que he recibido no me anuncian concluida mi dependencia, y, por último, Sr. general, le ruego que me ataque cuando guste, y si Vd. tuviese más suerte en las armas que yo, gustoso sufriré la que me quepa. Me ofrezco con toda voluntad a las órdenes de Vd., reiterándole a efecto de su más apasionado s.s. q.s.m.b.

Esta misiva fue llevada al campo francés por el teniente Montaños, acompañado de un corneta y de un granadero. Recibidos en el cuartel general de Serru fueron tratados deferentemente por éste y por todos los oficiales reunidos allí. Dos horas más tarde los parlamentarios españoles fueron escoltados hasta el fuerte, siendo Montaños portador de la siguiente epístola:

Alba de Tormes, 19 de noviembre de 1812, a las nueve y media de la noche. Sr. comandante: El oficial que me envía Vd. me ha entregado la carta que me hizo el honor de mandarme y supongo venida de vuestra parte por que responde a la que yo mandé a Vd., mas sin duda por distracción se olvidó firmarla. No tome Vd. a mal si no me extiendo más sobre su contenido, y si paso a decirle que las noticias que puede haber tenido ayer noche no destruyen lo que tuve el honor de decirle sobre el estado actual de uestro ejército. Treinta y un años de vida militar me han enseñado también lo que un soldado debe a su honor, mas en las circunstancias que Vd. se encuentra pienso que ha hecho ya bastante. En fin, Sr. comandante, dejaremos nuestras comunicaciones hasta que otras circunstancias nos las hagan volver a tomar. Os ruego aceptéis las muchas pruebas de mi consideración. El general de división Serru.

Día 20.—El tiroteo fue poco intenso. Sobre las tres de la tarde llegó al pueblo una columna de prisioneros ingleses, de los que fueron rescatados dos de ellos, pertenecientes a un regimiento de cazadores de caballería, por soldados de la guarnición que se apostaron próximos al camino que seguía la columna.

Día 21.—Se hizo una salida con 50 hombres para reconocer las obras de aproximación que realizaba el enemigo desde la línea de circunvalación

hacia el castillo, resultando herido un sargento de cazadores y el soldado portugués refugiado en la fortaleza el día 14.

Día 22.—El fuego fue poco intenso, salió del pueblo en dirección a Salamanca la columna de prisioneros ingleses custodiada por dragones.

Día 23.—El teniente coronel Miranda reunió a todos sus oficiales y les habló en estos términos: «Señores oficiales, hemos llenado nuestro deber, mi opinión es que hagamos una salida de noche para arrollar los puestos enemigos y seguir la marcha sin cesar hasta llegar a lugar donde podamos elegir, con más certeza que aquí, el rumbo que debamos tomar, antes de que regrese de Portugal el ejército enemigo, en cuyo caso no sólo nos veremos expuestos a ser estrechados con artillería, sino a tenernos que rendir por falta de víveres, puesto que sólo hay carne para dos días y pan para tres; sin embargo, espero de Vds. se sirvan poner por escrito y bajo firma el parecer de cada uno, mientras yo voy a inspeccionar los parapetos exteriores donde espero el aviso del capitán Sanjurjo.»

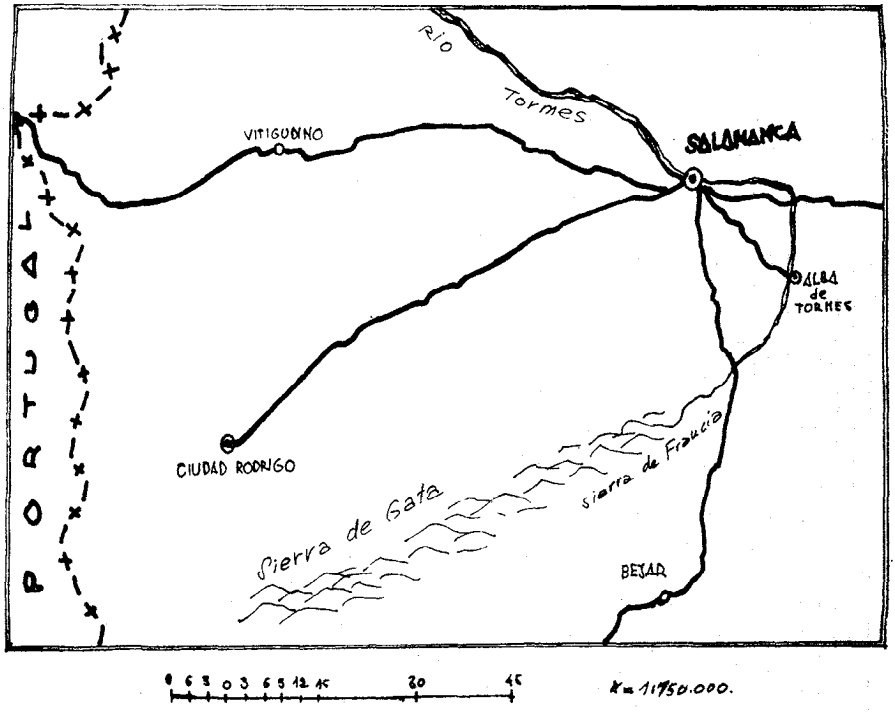
Día 24.—Decidida la evacuación de la fortaleza, el teniente coronel Miranda dirigió a la guarnición una orden extraordinaria, en la que comunicaba a sus componentes haberlos elegido por sus reconocidas virtudes militares, y que iban a realizar una operación nocturna para romper el cerco enemigo y evadirse «para el mejor servicio de Dios, de la Patia y del Rey». Exponía detalladamente todo lo concerniente a la organización y ejecución de la operación que, en líneas muy generales, consistía en atravesar el cerco enemigo llevando en vanguardia una guerrilla que al mando del subteniente José Díaz constituirían un sargento y ocho soldados de cazadores designados por dicho oficial. Seguiría a la guerrilla el puesto de mando del teniente coronel, precediendo a las compañías que marcharían en columna, en este orden: cazadores, granaderos de Monterrey y granaderos del Rivero, articulándose cada compañía en dos pelotones, acolados, formados de a dos, con los oficiales en cabeza y los sargentos en los costados exteriores. Cerrarían la marcha los tres rancheros y catorce asistentes, que llevarían las dos acémilas con la impedimenta que se detallaba. Cubriría la retaguardia una unidad de caballería improvisada, al mando del cabo 1.° Juan Fernández Maroto, integrada por ocho soldados elegidos por aquél y los dos ingleses de cazadores de caballería.

Para asistencia de 22 heridos españoles y un herido portugués y para custodia de los prisioneros quedaría en el castillo una guardia al mando del teniente Nicolás Solar, integrada por un sargento, dos cabos y 18 soldados, seleccionados por el teniente coronel entre los menos resistentes a las fatigas, que durante toda la noche sostendrían fuego con los sitiadores con la intensidad habitual, y entrada la mañana del 25 se rendirían al general Serru, para quien Miranda entregó a Solar una carta redactada en estos términos:

> *Sr. general: Las reglas de la guerra deben seguirse en todas sus partes, y así es que emprendo la salida con mi guarnición; si las fuerzas de Vd. me encontraran, nos batiremos en campo raso. Dejo un oficial para entregar a Vd. el castillo con todos los enseres que encierra,*

particularmente los prisioneros, a quienes he mirado con toda consideración, y omito suplicar a Vd. tenga la suya con el oficial, heridos y guardia, supuesto que sus escritos me han hecho ver la generosidad de su corazón. Dios guarde a Vd. muchos años. Castillo de Alba de Tormes, a las once de la noche del 24 de noviembre de 1812. Jose de Miranda.

A las doce de la noche salió sigilosamente la columna del castillo, atravesó a la carrera la línea de circunvalación, disparando únicamente los que formaban la vanguardia. Estos disparos sembraron la alarma e introdujeron la confusión en todos los puestos franceses, que reaccionaron con vivo tiroteo, mientras sus reservas, completamente desorientadas, corrían atropelladamente a cubrir el vado, facilitando la fuga de la columna que marchaba en dirección opuesta. No obstante, los españoles sufrieron 21 bajas, que tuvieron que dejar en el campo. El grupo de los rancheros y asistentes se desorientaron en la oscuridad de la noche, algunos fueron capturados



Croquis de la última fase de la retirada de Lord Wellington, en la que se defendió Castillo de Alba (sobre un mapa de aquella época).

por los franceses pero la mayoría lograron regresar al castillo. El destacamento de caballería improvisada cubrió la retirada de la columna con notable eficacia. Poco antes de amanecer la columna alcanzó un bosque en las proximidades del Carpio Medianero (Avila), en donde pudieron descansar.

En el diario de operaciones dejó Miranda constancia, día a día, de las vicisitudes que pasó el destacamento y de las dificultades que hubo de superar hasta llegar a Orense el 20 de diciembre, tras haber recorrido unas 130 leguas, parte de este trayecto por terreno ocupado por el enemigo, esquivando la persecución de 300 jinetes y seis compañías de cazadores lanzados por Serru en pos de los evadidos, pero contando en casi todos los momentos con la abnegada y arriesgada ayuda de los pueblos encontrados en su ruta, sin que faltara, en ocasiones, aumento en el riesgo de ser capturados por denuncias de algunos paisanos afrancesados.

Miranda es laureado y ascendido a coronel

El 25 de diciembre se celebró en Lugo, donde se encontraba el cuartel general y una de las divisiones del 6.° Ejército, un solemne acto para honrar al destacamento y celebrar su reincorporación al 6.° Ejército, formando para ello la división en orden de parada, con banderas desplegadas, redoblando tambores, presentando armas y aclamando entusiásticamente a Miranda y sus soldados con esta triple exclamación: «¡Vivan los defensores de Alba! ¡Vivan nuestros compañeros de armas! ¡Vivan los valientes del 6.° Ejército!» Por disposición de lord Wellington se incoó el expediente para la concesión a Miranda de la cruz de la Orden de San Fernando, la cual le fue concedida por Real Cédula de 13 de marzo de 1815.

En el informe de Miranda al general en jefe elogió el valeroso comportamiento de todos los componentes del destacamento, proponiendo para el ascenso a los que más se habían distinguido.

También llegaron a Orense, en días sucesivos, hasta nueve soldados de los que fueron hechos prisioneros al rendirse el castillo, quienes lograron evadirse desde Salamanca. Informaron que el teniente Solar entregó el fuerte con todas las formalidades a un representante del general Serru, y que los franceses dispensaron favorable acogida a los rendidos, proporcionándoles abundante rancho antes de conducirlos a Salamanca.

Durante la campaña de 1813, Miranda, con su regimiento, formó parte de la vanguardia del 4.° Ejército en el avance desde El Bierzo hasta Bilbao. Participó en la batalla de Vitoria (21 de junio) y se distinguió en la de San Marcial (31 de agosto), en la defensa del Pico del Aire y, seguidamente, en el ataque al de Veroya. El 7 de octubre penetró en Francia, vadeando el Bidasoa por Rumaga, y asaltando la posición de Fagolegui, haciendo 247 prisioneros. Enviado con su regimiento a reforzar el cerco de Santoña, donde aún resistía valerosamente la guarnición francesa, asaltó el fuerte del Puntal, en la noche del 12 al 13 de febrero de 1814, por lo que fue ascendido a coronel por méritos de guerra.

Aunque tratado poco magnánimamente permaneció fiel al absolutismo

Cuando terminó la contienda, el Regimiento de Monterrey fue destinado a guarnecer Orense y a perseguir cuadrillas de facinerosos de las surgidas como funesta secuela de aquella prolongada y despiadada guerra.

El matrimonio Miranda se encontró sumido en angustiosa estrechez económica, pues aunque no tenía descendencia mantenía a varios familiares, en época en que el ruinoso estado de la Hacienda pública no permitía satisfacer con regularidad los devengos del ejército. Miranda expuso sus circunstancias en instancia dirigida al rey el 15 de abril de 1815, en la que solicitaba que se dignara concederle el ascenso a brigadier, así como el abono de las mensualidades que le adeudaba el Estado:

> *...Mantengo a mis ancianos padres, arruinados por la calamitosa guerra, y dos hermanas solteras, ya que mis otros cuatro hermanos se incorporaron al Ejército al comenzar la guerra; uno de ellos, Francisco de Paula, murió en la batalla de Vitoria, siendo capitán del Batallón de Cazadores de Cataluña...*

Unió a la instancia, en la que resumía su actuación durante la contienda, avalando los hechos, certificados muy elogiosos de los generales a cuyas órdenes sirvió. Sin embargo, el monarca no le otorgó el ascenso, aunque los méritos de Miranda no fueron inferiores a los de otros ex combatientes a quienes distinguieron con este galardón. En aquella época los ascensos eran concedidos graciablemente por el soberano.

La acusada inestabilidad política que sufría el país se vio incrementada al abolir Fernando VII la Constitución de 1812, ejerciendo el poder absoluto, con notoria arbitrariedad. La actitud del monarca avivó la disconformidad de muchos españoles, especialmente en el seno del Ejército, del que surgieron una serie de pronunciamientos liberales que fracasaron faltos del apoyo popular, y que fueron sangrientemente reprimidos. Miranda permaneció al margen de estas corrientes constitucionalistas, porque era ferviente absolutista, convencido de que los males que padecía España eran fruto dañino del liberalismo.

Enfrentamiento armado que no rompió los lazos de amistad

Por la reorganización del Ejército, decretada el 15 de agosto de 1815, el regimiento de Monterrey quedó reducido a un solo batallón en armas, denominado Regimiento de Infantería de Línea de Navarra. Pocos días antes de esta fecha ingresó en el castillo de San Antón de La Coruña, en calidad de arrestado, para cumplir cuatro años de prisión, por haber expresado su disconformidad con el régimen absolutista, el general Juan Díaz Porlier, apodado «el Marquesito», quien se había distinguido durante

la guerra de la Independencia por su serena valentía, notable competencia militar y exaltado patriotismo. Unían a Miranda y Porlier estrechos lazos de amistad, nacida y cimentada en los avatares de aquella contienda.

El 16 de septiembre recibió Miranda un escrito del capitán general del Reino de Galicia, Felipe Saint Marcq, ordenándole incorporarse con su batallón a la guarnición de La Coruña, «dejando en Orense 100 hombres para custodiar los tres depósitos de facinerosos aprehendidos». Tres días más tarde el general Porlier promovió una sublevación en La Coruña, en donde proclamó la Constitución, tras poner en prisión al capitán general. De estos acontecimientos fue informado Miranda por su antiguo jefe, José de Imaz Altolaguirre, al llegar a Santiago de Compostela, donde éste ejercía el cargo de subinspector de la 4.ª División de Milicias Provinciales. El gobernador militar de la plaza, general José Pesci, requirió a Miranda para que detuviera su marcha hacia La Coruña, y reforzara con su tropa la guarnición de Santiago, reducida a algunas compañías de granaderos provinciales, pues según las últimas noticias recibidas «el infame Porlier» había partido de La Coruña, y llegado al pueblo de Ordenes, al frente de una columna de unos 700 hombres y cuatro cañones, dispuesto a reducir por la fuerza a las guarniciones que no quisieran secundarlo.

El día 22, cumpliendo las órdenes recibidas de Imaz, Miranda esperó a los rebeldes con su batallón desplegado tras el arroyo Cigüero, pero no se produjo el choque entre los dos bandos rivales porque el general Porlier y sus más íntimos colaboradores fueron traicionados y apresados por una fracción de sus tropas. Miranda se hizo cargo de los presos y los condujo el día 26 al castillo de San Antón.

Juzgado en consejo de guerra el 2 de octubre Porlier fue condenado a morir ahorcado, siendo ejecutado al día siguiente en la plaza de la Leña (actualmente plaza de España). Pocas horas antes de cumplirse la sentencia Porlier dictó su testamento, nombrando su albacea testamentario al coronel Miranda. El enfrentamiento por discrepancias políticas no llegó a romper la amistad de estos dos hombres, que a impulsos de común y ardiente patriotismo militaron en bandos antagónicos.

El capitán general Saint Macq comunicó a Miranda en escrito de 28 de noviembre «que S.M. el Rey se había servido resolver que se le dieran las gracias al coronel Miranda, en su real nombre, por su leal comportamiento con motivo de las turbulencias suscitadas por el rebelde Porlier». Con motivo de este pronunciamiento muchas personas fueron encarceladas y procesadas, pero los procedimientos judiciales se tramitaban con sorprendente lentitud. Uno de los jueces atrajo en 1817 la atención del Gobierno sobre el hecho de que el general Porlier hubise nombrado a Miranda su albacea testamentario, quien inmediatamente fue llamado a Madrid para prestar declaración, y aunque logró disipar toda sospecha de su actuación política, quedó retenido en Madrid a disposición del juzgado.

Nuevamente en armas contra el liberalismo

Durante el estío de 1819 la creciente agitación política hizo temer al Gobierno que estallase en Andalucía un pronunciamiento militar de gran envergadura, para reprimirlo, si llegaba a producirse, aproximó a esta región tropas de las que consideraba más leales. El coronel Miranda, que continuaba en Madrid, recibió el 23 de julio una comunicación del ministro de la Guerra ordenándole regresar a La Coruña, tomar nuevamente el mando del regimiento de Navarra, aumentando sus efectivos a dos batallones, e incorporarse con ellos a la guarnición de Badajoz. A pesar de estas y de otras disposiciones adoptadas por el Gobierno se produjo el movimiento liberal, cuando en la madrugada del 1 de enero de 1820 el jefe del 2.° Batallón del Regimiento de Infantería de Asturias, capitán graduado de teniente coronel, Rafael del Riesgo, proclamó la Constitución en Las Cabezas de San Juan (Sevilla).

El día 23 recibió Miranda una comunicación del ministro de la Guerra ordenándole incorporarse con su regimiento en Sevilla al ejército del teniente general Manuel Freire, encargado de sofocar el movimiento subversivo. Cuando Miranda llegó a Guillena (Sevilla) recibió por mediación del general Juan Ordojú, comandante militar de esta villa, la orden para continuar la marcha e incorporarse en el Campo de Gibraltar a la división que mandaba el general José O'Donnell, así como la advertencia de que marchase con precaución porque Rafael del Riego había salido de la Isla de León al frente de un batallón del regimiento de Asturias, otro del regimiento de Sevilla y el escuadrón llamado «el Constitucional», fuerzas que se estimaban en unos 2.000 hombres, y que en cualquier momento podía encontrarse con la columna rebelde.

El día 11 se incorporó en Medina Sidonia a la división de O'Donnell, que partió en persecución de la columna rebelde, con la que sostuvo escaramuzas los días 17 y 19 en Marbella y Málaga, respectivamente. La división alcanzó Campillo el día 24, y O'Donnell encomendó a Miranda que eligiese seis compañías de cazadores y fuese con ellas a ocupar Ronda al día siguiente, antes de que pudieran hacerlo los rebeldes, que a la sazón se encontraban acantonados en Cañete la Real. Miranda partió inmediatamente a marcha forzada, llegando a Ronda a las once de la mañana, ocupando posiciones defensivas, cerrando los accesos a la plaza. Sobre las cuatro de la tarde llegó del Riego, y atacó con su infantería los puentes Nuevo y Viejo, siendo rechazado por los gubernamentales, por lo que emprendió la retirada hacia Grazalema al cerrar la noche.

En la tarde del 4 de marzo la división gubernamental batió a las tropas de Riego en Morón de la Frontera, forzándolas a continuar la retirada. O'Donnell recibió este día orden de Freire instándole a perseguir más enérgicamente a los revolucionarios hasta capturarlos o destruirlos.

Al mando de la vanguardia, y adelantándose dos jornadas al grueso de la división, partió Miranda en pos de la columna rebelde, que siguió la ruta: Villanueva de San Juan, Los Corrales, Gimena, Estepa, Mirageniel,

Aguilar, Montilla, Castro del Río y Córdoba, donde llegó Miranda sobre las tres de la tarde del día 8, pocas horas más tarde de que hubiera salido Riego por el camino de Bélmez. Tras algunas horas de descanso se reemprendió la persecución, que se vio dificultada por una violenta tormenta, seguida de lluvias torrenciales, hasta que, alcanzados los liberales el día 10 en Fuente Ovejuna, fueron fácilmente batidos por los gubernamentales, que les causaron algunas bajas, les hicieron 347 prisioneros, y se apoderaron de sus banderas y bagajes. Rafael del Riego abandonó el campo de la acción a uña de caballo, siendo acompañado solamente por un cadete y un paisano.

Tras enviar los prisioneros a Córdoba continuó Miranda la implacable persecución del caudillo vencido hasta Fuente de Cantos, donde se enteró que del Riego se encontraba refugiado en el cortijo llamado «del Marqués», a dos leguas de distancia, siguiendo el camino al Condado de Nuola. Cuando se disponía a ir a prenderlo recibió un oficio de O'Donnell, fechado en Córdoba dos días antes, ordenándole cesar en la persecución de Riego, por haber cesado las hostilidades con los liberales, toda vez que el general en jefe, Manuel Freire, había acordado con el capitán general del Departamento Marítimo de Cádiz, Juan María de Villavicencio, proclamar la Constitución en Andalucía.

Persecución y rehabilitación de Miranda

El nuevo Gobierno liberal adoptó medidas represivas contra Miranda, asignándole un destino sedentario en Madrid, hasta que en 1822 le nombraron jefe del Batallón Provincial de Monterrey, de guarnición en Orense. Esta unidad estaba mal conceptuada por el Gobierno y el pueblo, debido a que hacía dos años se había opuesto a la sublevación que estalló en Galicia, en apoyo del pronunciamiento de Rafael del Riego, y en el combate sostenido con los sublevados causó la muerte al caudillo de éstos, coronel Félix Alvarez de Acevedo. Cuando Miranda se hizo cargo del mando fue advertido por el gobernador militar de la plaza, general Antonio Roselló, que por decisión del ministro de la Guerra, el batallón tenía que salir inmediatamente de Orense para ir a guarnecer Zaragoza.

En el largo caminar hacia la capital aragonesa, Miranda tuvo que compaginar su tacto y energía para evitar incidentes con la población civil y para conseguir alojamiento a su tropa, hostilmente recibida en todos los pueblos, debido a su fama de absolutista. Al llegar a Zaragoza se le ordenó reemprender la marcha en un tiempo perentorio, para ir a guarnecer Fraga. Este continuo y fatigoso peregrinar del batallón se prolongó hasta que llegó a Jaca el 24 de abril de 1823, pocos días más tarde de haber invadido España un ejército franco-español que, al mando del general francés duque de Angulema, llegó para reinstaurar por las armas el absolutismo, y Miranda, en hábil y audaz golpe de mano se apoderó de la plaza, sin efusión de sangre, desarmando a la guarnición liberal. Seguidamente envió un mensaje al general conde de España, jefe de una de las divisiones invasoras,

comunicándole haber ocupado Jaca «en nombre de Fernando VII, rey absoluto de España». Miranda fue ascendido a brigadier, y dos años más tarde, tras desempeñar con eficacia y acierto el gobierno militar de Oviedo, ascendió a mariscal de campo. En 1826 fue destinado a la Habana, como segundo jefe de la Capitanía General de Cuba, en la que desarrolló meritoria labor político-militar.

Oscuro final de una vida que se consagró al servicio de la Patria

En 1833 regresó a la Península por haber sido nombrado gobernador militar de Madrid, pero al año siguiente renunció a este cargo, solicitando quedar «de cuartel» —sin destino, especie de retiro voluntario—, fijando su residencia en Orense. En el escrito de renuncia, dirigido a la reina-gobernadora, alegaba como motivo la falta de salud, en estos términos: «... mi mucha fatiga, consecuencia de un balazo en el pecho, y encontrarme muy enfermo de los nervios». El matrimonio Miranda llevó en Orense vida muy retraída, pues aunque el general vivió todavía una veintena de años, su salud estaba muy quebrantada. Sumido en el ostracismo pronto fue olvidado de todos, amigos y hasta enemigos, excepto de Rosa, que le prodigó su inmenso cariño y abnegados cuidados hasta su fallecimiento, acaecido el 15 de enero de 1863.

BIBLIOGRAFIA

AMELLER, V. y CASTILLO, M.: *Los mártires de la libertad española.* Imp. Luis García. Madrid, 1853.

ARCHIVO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA Y AÑOS POSTERIORES A ELLA: Legajos de los años 1808 a 1820. Servicio Histórico Militar.

ARCHIVO DE LA GUERRA DEL ROSELLÓN: Archivo Histórico Militar.

ARCHIVO DE HISTORIALES DE LOS CUERPOS: Regimiento de Infantería de Sevilla. Servicio Histórico Militar.

BLASCO IBÁÑEZ, V.: *Historia de la Revolución Española, 1808-1874.* Edit. la Enciclopedia Democrática. Barcelona, 1891.
clopedia Democrática. Barcelona, 1891.

COLECCIÓN DOCUMENTAL DEL FRAILE: Servicio Histórico Militar.

COMELLAS, J. L.: *Los primeros pronunciamientos en España.* Investigaciones Científicas. Madrid, 1958.

GACETA DE MADRID: *Gaceta extraordinaria* del 27 de septiembre de 1815.

GÓMEZ ARTECHE, J.: *Guerra de la Independencia. Historia militar de España, 1808 a 1814.* Depósito de la Guerra, 1893.

MARTÍNEZ CAMPOS, duque de la Torre, C.: *España bélica, siglo XIX.* Edit. Aguilar. Madrid, 1968.

MENÉNDEZ PIDAL, R.: *Historia de España, la España de Fernando VII.* Edit. Aguilar. Madrid, 1968.

MIRANDA CABEZÓN, J.: *Documentación de la Sección Histórica, Expediente Personal y Expediente Matrimonial.* Archivo General Militar.

MOYA, J. y REY, C.: *El Ejército y la Marina en las Cortes de Cádiz.* Tip. Comercial. Cádiz, 1914.

PICOT GARCÍA, L.: *Historia de España. Gran historia general de los pueblos hispanos* (t. V), *La Casa de los Borbones.* Edit. Instituto Galache. Barcelona, 1970.

PRIEGO LÓPEZ, J.: *Guerra de la Independencia, 1808-1814.* Edit. Compañía Bibliográfica. Madrid, 1947.

SERVICIO HISTÓRICO MILITAR: *Guerra de la Independencia, 1808-1814.* Madrid, 1970-1975.

VALVERDE Y AYALA: *Atlas geográfico de la Península Ibérica, Islas Baleares y Canarias y posesiones de ultramar.* Imp. de la Biblioteca Universal. Madrid, 1880.